

como se hallaba familiarizado con todos los reveses de una mala suerte, preparó su ánimo para sollear también esta desgracia, reservando á tiempos mas felices el placer de vengarse ó al menos de reparar su honor. Entretanto se publicó en Córcega á nombre suyo un decreto, por el que, como Rey y á imitacion de otros Soberanos de Europa, institua una orden de caballeros llamados de la liberacion. Habia firmado este decreto dos meses antes de salir de la isla, comprendiendo en trece artículos otras tantas leyes para la orden que debia ser confirmada por el Sumo Pontífice. Declarábase á sí mismo gran-maestre, título que debia pasar á todos los Reyes sus sucesores. Admitia en la orden á todos los extranjeros de cualquiera nacion ó secta que fuesen; prescribia á los caballeros rezar todos los dias cierto número de salmos; mandábalos llevar siempre la espada, y desenvainarla y presentarla desnuda durante el sacrificio de la Misa; aun aquellos que no profesasen la Religion católica. No es necesario hacer observar lo absurdo de semejante orden: lo digno de saberse es que en menos de un año, y cuando el titulado maestré se hallaba aun en las cárceles de Holanda, se anumeraron en este fantasma de orden real mas de cuatrocientos caballeros; entre los cuales se contaban treinta franceses, doce españoles, cuarenta y dos italianos, nueve polacos, diez y siete ingleses, once holandeses, siete griegos y muchos suecos, prusianos, livonios y curlandeses, á mas de los corsos ó naturales del país.

41. Luego que se supo en Génova la prision de Teodoro en Holanda, espidió el senado una orden á su

ministro en Liorna, á fin de que escitase al cónsul holandés á escribir á su gobierno para que detuviese al preso hasta que enviase la república una diputacion para entregarse de su persona. Mas el cónsul holandés respondió al ministro de Génova, que, segun los últimos avisos recibidos de Holanda, habia ya Teodoro partido de Amsterdam para ir á socorrer á Córcega; y que aun cuando permaneciese en aquella ciudad, la cualidad de extranjero le garantia contra todo acto del gobierno mientras no quebrantase las leyes del país; que si habia sido arrestado, fue solo como un particular por las deudas contraidas con algunos súbditos del gobierno, y que habiendo sido sus acreedores dueños de encarcelarle, eran también árbitros de retenerle ó darle libertad.

Esta respuesta del cónsul holandés que aseguraba á la república de Génova haber salido ya Teodoro de Holanda con direccion á Córcega, y mas aun la resistencia de los corsos mas fuertes de cada dia contra los genoveses, especialmente desde el arribo de los nuevos refuerzos que llegaron á la isla en cuatro buques tripulados en Amsterdam y en Zelandia, indujeron al senado á solicitar el auxilio de cualquiera grande potencia para domar á los rebeldes, y determinó recurrir á Francia. Oyó el gabinete de Versailles la súplica de los genoveses, y resolvió interponer su mediacion para inducir á los corsos á someterse á la república como buenos súbditos, ó para obligarlos con la fuerza en caso de que se resistiesen. Para este fin mandó el cardenal Fleuri hacer un alistamiento de tropas, á las que ordenó el Rey reunirse cuanto antes en Antibio para pasar á la isla de Córcega.

42. Creíase comunmente y se divulgaba como cosa asentada entre los ociosos y pretendidos políticos de aquel tiempo, que si Teodoro se habia atrevido á dar principio á aquella extraordinaria empresa, era solamente escitado por alguna grande potencia que pretendia apoderarse de este modo de Córcega. Sospechóse que tenia inteligencias secretas con la Francia y aun con Inglaterra; pero estas dos córtes desmintieron prontamente esta calumnia, prohibiendo á sus respectivos súbditos tener correspondencia con los corsos rebeldes, y mucho mas procurarles socorro alguno. Recayó entonces la sospecha sobre España contribuyendo ciertas circunstancias á darle alguna verosimilitud; porque habiendo los embajadores de Madrid en Génova propuesto repetidas veces á los principales ministros del senado el proyecto de vender aquella isla á su Magestad Católica, para cuyos dominios era interesante su posesion como el lugar mas apto para la comunicacion con los estados de Italia, se creyó por esto que Teodoro era un instrumento de España para adquirir á Córcega y entregarla al Infante D. Carlos reuniéndola á los reinos de Nápoles y de Sicilia, ó para cederla al duque de Saboya en cambio por la Cerdeña. Juzgaron otros que este juego se hacia en favor de Jacobo Estuardo, no sin conocimiento de la córte de Roma, suponiendo que la curia romana queria desembarazarse de los gastos que la ocasionaba la residencia y manutencion de aquel Príncipe destinándole á la corona de Córcega. Llegaron otros á imaginar que Teodoro era un instrumento movido por la misma república de Génova, para que reconocido gefe de los

corsos, entregase la isla sin estrépito y sin trabajo alguno. Finalmente, lo que apareció mas verosimil y aun se tuvo por cierto fue, que el baron duque de Riperdá, hecho ya Osman-bajá, habia proporcionado á Teodoro los medios para hacer aquella tentativa; y como aquel infame apóstata conservaba entonces todo su crédito para con los mahometanos, no era extraño que el Gran-Señor ó alguna de las potencias africanas tomasen parte en la empresa contra Córcega.

43. Habiendo entretanto llegado á Córcega y desembarcado en Bastia con tres mil hombres el general francés conde de Boissieux, espidió uno de sus heraldos á los regentes corsos á fin de hacerles algunas proposiciones, con las cuales esperaba reconciliar al pueblo con la república é inducirlo á deponer las armas bajo la mediacion de la Francia. Mas en la contestacion que dió la regencia al general francés insertó una copia del último tratado concluido con los genoveses bajo la garantía del Emperador, haciéndole observar que así como habian los genoveses infringido aquel tratado cuasi antes de concluirse, así tambien no era de esperar que observarían mas religiosamente el que se estipulase con ellos por la mediacion ó bajo la garantía del Rey Cristianísimo; por lo que los corsos estaban resueltos á no oir proposicion alguna dirigida á someterles otra vez el dominio de Génova, ó hacerles abandonar al Rey Teodoro, á quien habian elegido unánimemente por su Soberano, y á quien habian jurado defender á costa de su sangre. No obstante esta decidida respuesta, no se desanimó el general francés, ni dió por perdida é inútil su mision,

antes bien prosiguiendo en ella hizo decir á los mismos que deseaba le enviasen diputados para tratar con ellos amigablemente. Consintieron los corsos en esta demanda, nombraron tres diputados y abrieron las conferencias con el conde Boissieux, en las que se formó un tratado dividido en catorce artículos y reducido á que los corsos reconocieran por su Soberano al baron Teodoro, bajo la proteccion de la república de Génova y con la garantía de Francia.

En medio de esta negociacion que se formaba con el mayor secreto para ocultarla á los genoveses, arribó á Córcega el baron Drost, sobrino de Teodoro, y desembarcó nuevos socorros y municiones. Avisado el general francés y temiendo que este acontecimiento trastornase ó impidiese la ratificacion y cumplimiento del tratado, escribió al baron representándole que en el estado actual de las cosas era inútil su presencia entre los corsos, y aconsejándole en consecuencia á reembarcarse. Persuadióse efectivamente el baron; creyó que debia acomodarse á los consejos del conde, y partió inmediatamente para Liorna.

44. Llegó poco despues á Córcega Teodoro en tres navíos con bandera holandesa. Antes de desembarcar, envió á tierra uno de sus ayudantes con una carta para los individuos del consejo de regencia en que les decia, que su amor y celo por el bien de Córcega, le movia á ir á toda prisa á su socorro como le habia empeñado ya de antes para defender la justicia de su causa; que esperaba encontrar en ellos el mismo celo y fidelidad, y que no queria saltar á tierra sin que supiese antes la disposicion

de sus ánimos, porque si esta no era cual él se la prometia, dejaríalos abandonados á su suerte. Al mismo tiempo, persuadido Teodoro de que la vista de los objetos tiene mas eficacia para convencer que cualquier palabra ó discurso, remitió á los regentes un estado circunstanciado de la artillería, municiones, armas y otras provisiones y pertrechos que conducia en sus navíos, lo cual produjo en los ánimos de los sublevados el efecto que él se prometia. Respondieron, pues, los miembros de la regencia con el consentimiento de la mayor parte de los ciudadanos, que permanecian firmes en lo que habian jurado, y que les seria de mucho placer ver de nuevo en la isla á su Rey Teodoro. Nada detuvo ya entonces al Monarca: desembarcó inmediatamente en la playa de Campoloro, é hizo conducir á tierra veinticuatro cañones, nueve mil fusiles, doscientos barriles de pólvora y una gran cantidad de balas, granadas y otras municiones. Agolpándose los corsos á la playa para manifestar su perseverancia en los juramentos, atronaban el puerto gritando sin cesar: *viva nuestro Rey Teodoro*; y al verse éste recibido con tantas demostraciones de afecto, comenzó á obrar como Rey publicando un edicto en que exhortaba á los nacionales á aprovecharse de su regreso y de los esfuerzos que estaba determinado á hacer para ponerles en entera libertad y sin dependencia alguna de los genoveses. El título del edicto estaba concebido en estos terminos: *Teodoro Rey, á nuestros subditos del reino de Córcega, salud.* Informado el conde de Boissieux del honroso tratamiento que habia dado á Teodoro cuasi toda la isla, á pesar

de la protesta que habian hecho los corsos de recibir y aprobar el concordato establecido con su Magestad Cristianísima, intimó á todos los gefes y gobernadores de las ciudades, pueblos y aldeas, que debian mantener la palabra de aceptar todo lo que el Rey Cristianísimo juzgaria deber decidir para bien de ellos, y que por lo tanto le entregasen al baron Teodoro con todos sus oficiales y adherentes. Mas esta intima no tuvo efecto; el llamado Rey se alejó de la isla; los sublevados permanecieron firmes en su propósito, y las amenazas del conde Boissieux no produjeron ningun resultado.

45. Partido así por la segunda vez de Córcega por el temor de caer en manos del conde Boissieux, regresó Teodoro á Holanda, donde en pocos dias armó tres fragatas para tornar al socorro de su reino y llevar á sus corsos un nuevo tren de artillería con abundancia de municiones y víveres. Habia formado una contrata con los capitanes de las fragatas, por la cual debian estos tres buques quedar á su servicio por espacio de cinco años, y recibir su paga en vino, aceite, sal y otros productos de la isla; pero en vez de aportar á Córcega, dirigieron su ruta los buques hacia Nápoles, escusándose los capitanes con que el viento les obligaba á retirarse á este último puerto, en donde recibió Teodoro el aviso de que sus conductores habian resuelto entregarlo muerto ó vivo al cónsul genovés residente en aquella capital. En consecuencia de este aviso saltó Teodoro de su buque sin que lo advirtiese el capitan, presentóse inmediatamente al secretario de estado, le espuso su peligro, é imploró y obtuvo su proteccion. Retiróse entonces á

la casa de un Príncipe napolitano mientras que se examinaban algunos escritos que se aprendieron al capitan de su buque, en los que se hallaron bastantes pruebas de la conjuración tramada para entregarle al ministro de Génova; y por último el mismo capitan viéndose convencido, confesó el hecho implorando la clemencia del Rey Carlos. Súpose entretanto que unos treinta marineros, escitados por los oficiales de las fragatas, habian proyectado allanar la casa en que se hallaba Teodoro para prenderle ó matarle; mas habiendo él recurrido de nuevo al ministro de estado, fingió éste; para sustraerle del peligro, que debia apresarle por orden de su Soberano, y le envió con buena escolta á Gaeta. Después de su partida de Nápoles dió el gobierno libertad al capitan que habia sido arrestado, el cual, como todos los demás oficiales de los tres buques, recibieron del cónsul genovés una recompensa proporcionada á sus proyectos; y tomando después la ruta de levante, fueron á vender á los infieles las armas destinadas para los corsos.

No estuvo Teodoro mucho tiempo tranquilo en Gaeta, sino que ardiendo siempre por llevar adelante su empresa, pasó á Terracina, de donde se embarcó nuevamente con dos sobrinos suyos y las demás personas de su séquito en dos faluchos corsos que lo condujeron á la isla de Elba; y habiendo encontrado aquí una fragata con bandera sueca, pasó en ella á Córcega, donde fue recibido con indecibles demostraciones de gozo. Refirió á sus partidarios las intrigas de los genoveses y los peligros de que se habia libertado, y supo interesar de tal modo en su favor los ánimos de todo el pueblo, que



reunidos los principales de la isla seis días despues de su arribo, renovaron su juramento de fidelidad y publicaron una acta suscrita á nombre de todo el pueblo por los comandantes generales Jacinto Paoli y Luis Giafferi, en la que confesaban y manifestaban á todo el mundo que querian confirmar y confirmaban por aquella acta la eleccion de Teodoro, baron de Newoff, en Rey de Córcega y de la isla de Capraja con sus demás pertenencias y dependencias, y que sometian á la disposicion del mismo como á su legítimo Rey y Soberano sus personas, sus bienes y sus vidas. Esta acta irritó los ánimos de los franceses de tal manera, que el conde Boissieux comenzó á tratar á los corsos como rebeldes, amenazóles con el hierro y el fuego, é hizo inmediatamente suceder los castigos á las amenazas. Viéronse entonces los corsos en medio de dos enemigos muy poderosos, Génova y Francia; mas no por ello se amedrentaron. Los estandartes de la libertad que tres años antes habian hecho frente á las águilas imperiales, se opusieron tambien valerosamente á las lises francesas, y la suerte de las batallas fue siempre varia y sangrienta. El conde Boissieux, ya fuese por la vergüenza de no haber salido bien con su empresa, ó porque el clima de Córcega perjudicaba á su salud, pidió ser relevado del mando de aquel ejército, y le sustituyó el marqués de Maillebois, lugar-teniente general del Langüedoc. Bajo este nuevo gefe mudaron de aspecto los asuntos de Córcega: usó de la fuerza y triunfó con ella cuantas veces lo juzgó necesario: intimó á los genoveses que podian hacer salir sus tropas de la isla donde ya no eran necesarias: y á los

corsos que su Magestad Cristianísima tomaba la isla bajo su tutela y proteccion; y el Rey Teodoro que intentó por cuarta vez posesionarse de su tronó efímero, se vió obligado á huir, sustrayéndose para siempre de los ojos de Europa, donde no se volvió á hablar mas de él.

46. Durante las revueltas que agitaban la república de Génova y en las que no dejaron de resentirse los estados vecinos, falleció en Ginebra uno de los dignos sucesores del gran San Francisco de Sales. Miguel Gabriel Rossillion de Bernex, nacido en Saboya en 1657 de una familia antigua é ilustre, hizo sus primeros estudios en Annecy, y renunciando desde su juventud á las esperanzas que el mundo podia ofrecerle, abrazó la regla de San Antonio, aspirando á la mas elevada perfeccion. Elegido siendo ya sacerdote para ir á predicar á Strasburgo, en donde acababa de restablecerse el egercicio público de la Religion católica, llenó tan cumplidamente su mision, que aun en el dia se conserva la memoria de su celo apostólico en aquella ciudad; y este celo junto con su grande ilustracion fueron causa de que se le cometiesen sucesivamente otras misiones y cargos no menos importantes, que dieron á conocer á todos su espíritu singular, á pesar del ánsia con que suspiraba siempre por ocultarse al mundo. Habiendo muerto en 1695 Mr. d' Aranthon d' Alex, obispo de Ginebra, fue elegido Bernex para esta silla y consagrado no obstante la resistencia que oponia su humildad, que pudo ya mirarse como un presagio de la vigilancia y esactitud con que llenó despues todas las funciones del ministerio episcopal. Su diócesis estaba gobernada mucho tiempo

hacia por pastores vigilantes y celosos que se dedicaban á perpetuar en ella los bienes que habia producido San Francisco de Sales; y Bernex se propuso desde el principio de su obispado imitar de todo punto el gobierno y las virtudes de aquel maestro de la vida espiritual. Retirábase en efecto dos veces al año á su seminario, visitaba personalmente su diócesis, predicaba á los pueblos, catequizaba á los niños, fundaba escuelas, formaba establecimientos útiles, y hallaba en su limitada renta los medios de hacer abundantes limosnas. Sus continuados trabajos y sus ayunos y austeridades le debilitaron de tal suerte, que murió estenuado el dia 23 de Abril de 1734. La opinion de su santidad, estendida no solo en Ginebra sino tambien en toda la Francia é Italia, le ha hecho atribuir diferentes milagros. Dejó en su muerte muchas obras de controversia y de piedad que son el testimonio mas auténtico de su sabiduría y sublime perfeccion (1).

47. Un año antes que el piadoso obispo de Ginebra, murió en Rhynwich el intruso arzobispo de Utrecht Juan Cornelio Barchman, por quien los cismáticos de Holanda habian dirigido al cielo tan repetidos y fervientes votos, mirándole como al único y legítimo pastor de la iglesia de Dios. Sin embargo, su muerte arrebatada no bastó á abrir los ojos á aquellos obstinados partidarios del cisma y del error: resueltos al contrario á no dejar estinguído un obispado para ellos tan precioso, se prepararon á dar un sucesor á Barchman, por medio de

(1) *Boudet, vida de Mr. Bernex.*

una eleccion semejante en todo á la que habia constituido á Steenoven en la abolida silla de Utrecht. En consecuencia, los canónigos de esta iglesia, sin mas derecho que su usurpacion, eligieron unánimemente y colocaron sobre su cátedra á Teodoro Van-der-Croon, que fue tambien consagrado como sus dos predecesores por el escomulgado Varlet, que, como dice Moreri, tenia una vocacion particular por las obras abandonadas. Participaron los canónigos la noticia de su eleccion al Papa, pidiendo juntamente que confirmase al elegido, que le concediese el pálio y la facultad de poder ser consagrado por un solo obispo. El mismo paso dió de allí á seis dias Van-der-Croon, remitiendo al Pontífice una profesion de fe firmada de su propia mano y acompañada de las mas bellas protestas de respeto y veneracion; y desde entonces en cuantas ocasiones repitieron los ultrayectenses semejantes actos de eleccion ó consagracion de nuevo obispo, dieron parte de ello al Papa, asegurando en sus cartas, llenas de una aparente sumision, que nada habian hecho que pudiese ofender ni aun ligeramente el respeto que profesaban á la santa Sede. Pero estos repetidos testimonios de simulada resignacion y deferencia para con el sucesor de San Pedro, no eran otra cosa que nuevos insultos hechos á la Silla apostólica. Escluidos los cismáticos de su comunión, querian dar á entender que á pesar de sus anatemas se tenian siempre por católicos; y que perseverando firmes en sus atentados, se consideraban no obstante como unidos al centro de la Iglesia de que tan justamente los habian arrojado los Papas. Todo su fingido respeto venia á estrellarse y